

## CAPÍTULO 4: EL DESPERTAR DE LA BESTIA .

---

Cuando la noche cubría la sierra, Xiana, Dinielle y Anna caminaban con velocidad a través de los campos. La niña, dando brincos y canturreando de cuando en cuando, daba muestras de una inusual alegría. Dinielle, inquieta ante la actitud de su hija, no apartaba la mirada de ella.

—Anna, concéntrate... No puedes olvidar lo que estamos a punto de hacer. ¡Es de vital importancia que prestes atención! Si algo sale mal... —comenzó a indicar a la niña, molesta por la poca seriedad que mostraba.

—Anna sabe a la perfección lo que debe hacer, Dinielle. No empieces... —interrumpió la anciana, reprendiendo a su hija—. Es por allí, sigamos.

La anciana continuó caminando con rapidez, observando de reojo a su nieta. La niña, que parecía extrañamente feliz, seguía correteando y saltando, como si fuesen de excursión por el campo. No podía evitar pensar que su hija podía tener algo de

razón, pero lo último que necesitaban era que sembrase la semilla de la duda en Anna y la joven cometiese un error.

Caminaron unos minutos más hasta que, al llegar a los pies de un viejo árbol, Xiana se detuvo.

A lo lejos, la vieja observó cómo una luz titilante avanzaba a duras penas hacia ellas. Poco a poco la luz se encontraba más próxima, hasta que las tres mujeres pudieron observar a una anciana coja que caminaba a duras penas hacia ellas.

—Es peligroso ir con la luz, María... No deberías arriesgarte —indicó Xiana, incómoda.

—No me llames por mi nombre común, sabes que lo detesto —respondió cortante la recién llegada.

—Tienes razón, Natus. Disculpe mi atrevimiento, no sabía si...

—Sabías perfectamente que venía sola. Lo que es arriesgado es insultar a la nigromante del akelarre justo antes de que invoque su magia —la mujer interrumpió la disculpa de Xiana, visiblemente molesta.

—Disculpad a mi estúpida abuela, Natus. La edad le está nublando el juicio —esta vez era Anna la que hablaba, provocando que su abuela le dirigiera una mirada de sorpresa, pues su nieta nunca había hablado así de ella—. ¿Sería tan amable de llevarnos al lugar en el que haremos el rito?

La bruja Natus asintió, no sin antes dirigir una mirada cargada de furia a Xiana. Acto seguido, se giró para desandar el camino que había hecho unos minutos antes, seguida por Anna y Dinielle. Xiana, unos pasos por detrás, sintió un extraño escalofrío. Algo en Anna estaba cambiando y la vieja bruja notó que el temor se apoderaba de su corazón.

Tras al menos otros quince minutos de caminata, Natus se detuvo en seco y ordenó a las tres brujas que la seguían que formasen una fila frente a ella. Mientras recitaba unos extraños cánticos en una antigua lengua, dibujó una cruz invertida en sus frentes.

—Esta tierra es sagrada y fue bendecida por la Inquisición en 1521. Solo una bruja nigromante puede pisarla... Gracias a mi hechizo, podréis acompañarme durante el tiempo necesario,

pero no podéis volver sin mí. Si cruzáis los límites de este paraje sin la protección adecuada, las llamas que abrasaron a nuestras hermanas en el pasado os devorarán. Estáis avisadas, ¿habéis comprendido lo que digo?

—Sí, Natus. Gracias por ayudarnos...

—No lo hago por ti, Xiana. Lo hago por nuestras Matriarcas...

La bruja no parecía sentir simpatía alguna por la vieja, por lo que una vez más se giró y avanzó unos pasos hasta llegar a un túmulo de tierra. Tras sortearlo, Natus llegó a una fosa en la que se encontraba el cadáver de un anciano. La tierra, aún húmeda, estaba amontonada a los lados del cuerpo. El anciano, con el cuerpo manchado, vestía un traje oscuro y desgastado, una corbata negra y una camisa que, en el pasado, había sido blanca. Las ropas estaban estropeadas y llenas de tierra, pasados por culpa de la humedad y apulgaradas. El viejo, por su parte, tenía el rostro llenó de extrañas pústulas y la carne podrida en algunas partes de la cara y las manos.

—Cuando lo encontramos estaba desnudo y tenía peor aspecto. Poco a poco mi magia va haciendo que recupere su aspecto humano y le he puesto los ropajes de un viejo que enterraron la semana pasada en el pueblo. La piel ya llama demasiado la atención como para que vaya en cueros por la sierra. Si tu sangre es lo suficientemente poderosa, Anna, quizá pueda conseguir que su apariencia sea más... agradable.

—A mí me agrada así, Natus —explicó Anna, mientras clavaba una mirada de admiración al observar el cadáver.

—Será mejor que comencemos... El hechizo tiene que completarse antes de la medianoche. En primer lugar, extiende tu mano, niña.

Anna obedeció sin rechistar y sin percatarse de que tanto su madre como su abuela se dirigían miradas de inquietud.

—Por favor, no seáis ridículas. Soy vieja, ¡no ciega! Si no confiáis en mí terminamos aquí y ahora —exclamó, furiosa.

—¡De eso nada! ¡Son dos viejas brujas asustadizas y estúpidas! ¡Hazlo ahora! —Anna gritó con rabia, dedicando una mirada asesina a sus familiares.

Xiana y Dinielle, sabedoras de que las nigromantes eran temidas por su poder de dominar a su antojo a otras brujas si estas le cedían su sangre o si accedían libremente a satisfacer sus deseos, desconfiaban de Natus, pero eran conscientes de que únicamente con su magia podría despertar y dominar al Hombre.

—Continúa, Natus, te lo rogamos —suplicó Xiana.

La bruja coja agarró sin miramientos la mano de la niña y, en un rápido movimiento, cortó la palma con un oxidado cuchillo que sacó de entre sus ropajes. La niña gritó de dolor, pero su rostro pareció iluminarse de felicidad. Natus, sin un atisbo de duda, lamió la herida y bebió la sangre de la niña.

—Ahora, debes dar de beber tu sangre a la criatura.

Anna, sin dudar, se dejó caer junto al cadáver y comenzó a llenarle la boca con la sangre que la herida emanaba.

—Túmbate junto a él, niña. Y tú, baja y ata las manos de ambos entre sí con esto —ordenó a Dinielle, al tiempo que le tendía un raído cordel.

La madre de la niña, tras buscar la aprobación de Xiana, cumplió las órdenes de la nigromante. Tras atar las manos, volvió a salir de la tumba, ayudada por su madre. Cuando ambas estaban arriba, Dinielle notó que su madre no le soltaba la mano, que agarraba con fuerza y apretaba contra su pierna. La mujer fue consciente de que algo inquietaba a Xiana, pero permaneció inmóvil junto a ella, incapaz de reaccionar.

—El cordel hará que la voluntad de la criatura se someta a la de Anna. Ahora, ambos deben viajar por la muerte para regresar juntos a la vida. Anna, tumbate —indicó, observando con agrado a la niña obedecer sin ningún atisbo de duda—. Vosotras, ayudadme a enterrarlos.

—¿Enterrarla? ¡La matarás! —chilló Dinielle, que por un momento hizo el amago de lanzarse a por su hija, pero fue retenida por la firme mano de su madre.

—¡Estúpida! ¡Claro que la mataré! ¡Mataré su carne, pero volverá a la vida en cuanto yo lo desee! ¿Acaso no sabes cómo funciona la magia de una nigromante?

—Tranquila, Natus, te lo ruego —intervino Xiana—. Te ayudaremos... Hija, confía en mí, todo saldrá bien.

La vieja se arrodilló junto a la fosa, y comenzó a lanzar la tierra sobre ambos cuerpos. Anna, entretanto, sonreía orgullosa. Dinielle imitó a su madre, siendo incapaz de evitar que cientos de lágrimas brotasen de sus ojos. Cuando terminaron de cubrir ambos cuerpos, Xiana se dirigió de nuevo a Natus.

—¿Y ahora?

—Ahora toca esperar...

—¿Has concluido el hechizo? —preguntó, sosegada.

—Sí, cuando llegué la aurora sabremos si he tenido éxito. Mientras tanto, mi tarea ha terminado —explicó la nigromante.

—Estupendo. Confío en que así sea, porque si fracasas, dedicaré el resto de mi existencia a acabar contigo de la forma más terrorífica y dolorosa posible. Si has osado engañarnos al hacerte con la sangre de la niña, juro por Satán que haré de tu vida una pesadilla.

—Tranquila, vieja bruja desconfiada. Puedes confiar en esta nigromante... Además, no eres rival para mí —respondió, socarrona y malintencionada la mujer coja.

Xiana agarró a su hija y ambas se retiraron unos metros. Pasaron horas sin que nada ocurriera. Cuando los primeros destellos del alba llegaron, Natus indicó con un gesto a ambas mujeres que se acercasen.

—Es hora de desenterrarla. Supongo que es el momento de saber si tendrás que perseguirme para siempre o no, Xiana —se burló Natus.

Dinielle, ajena al rifirrafe entre las dos ancianas, se lanzó desesperada sobre la tumba, cavando con sus propias manos. Las otras dos mujeres la imitaron, tratando de llegar a los cuerpos lo antes posible.

De pronto, de entre la tierra, un brazo irrumpió, agarrando con fuerza a Dinielle por el cuello. Tras el brazo, el resto del cuerpo del Hombre resurgió, estrangulando con ambas manos a la mujer y tumbándose sobre ella. Xiana, desesperada, forcejeaba con la criatura para tratar de separarla de su hija,

mientras Natus observaba divertida la escena sin intervenir de manera alguna.

—¿No eras tan poderosa, Xiana? —se burlaba mientras se deshacía en carcajadas.

Algo comenzó a moverse entre la tierra. Con calma, la pequeña Anna comenzó a abrirse paso con los brazos, hasta conseguir salir de la fosa. Tras sacudirse la tierra, la joven se puso en pie para observar cómo el Hombre ahorcaba a su madre.

—¡Niña! ¡Ayúdame, va a matarla! —chillaba Xiana, desesperada.

Para sorpresa de su abuela, Anna se limitó a sonreír, sin hacer ningún amago de ayudar.

—No, abuela, no es él el que la está ahorcando. Soy yo... ¡Yo lo domino!

Xiana, sorprendida, miró a los ojos a su nieta. En ellos vio una maldad y una rabia que nunca había visto antes. Dinielle dejaba poco a poco de forcejear para tratar de liberarse. En el momento en que parecía rendirse, Anna puso una mano sobre

el hombre del viejo, que en el momento liberó el cuello de la mujer.

Xiana se lanzó sobre su hija para tratar de ayudarla a incorporarse.

—Gracias, Natus. Tu conjuro ha sido un éxito... Él es ahora mi siervo —agradeció Anna.

—Es un placer dominar a los demás, ¿verdad? —respondió Natus, con una pícaro sonrisa en su rostro.

—Desde luego que lo es. Ahora llega la parte más importante...

—Tendrás éxito, niña —predijo Natus—. Mi tarea ha concluido. Salid de estas tierras, pues en cuanto yo las abandone no tendréis permiso para pisarlas...

Xiana ayudaba a Dinielle a incorporarse cuando Natus comenzó a alejarse de ellas.

Antes de que la perdieran de vista, Natus se giró de nuevo y se dirigió a Xiana.

—No vuelva a amenazarme jamás... Volveremos a vernos, por Satán que lo haremos.

Natus se alejó cojeando. Cuando Dinielle consiguió reponerse, ella y su madre miraron a Anna. La niña daba la mano al extraño hombre. En su rostro, una mirada de maldad heló los corazones de madre y abuela.

—Es hora de comenzar, volvamos a casa.

Sin esperar la respuesta de ninguna de las dos, el viejo y la niña comenzaron a andar mientras ella canturreaba alegremente. Xiana, que nunca había sentido aquel terror, miró a su hija y, con un hilo de voz, añadió:

—No te fíes de ella, hija. Creo que la Anna que conocemos se ha ido para siempre...

Sin más, comenzó a caminar tras la extraña pareja, ayudando a Dinielle a caminar.